



## **Perversión, subversión: M. Dufrenne y el psicoanálisis**

LUCIANO LUTEREAU

En 1968, con la aparición de su libro *Pour l'homme*, M. Dufrenne intervino en el debate contemporáneo acerca del movimiento estructuralista con una concepción eminentemente crítica. El estructuralismo –los tres epígonos que Dufrenne menciona son: Lévi-Strauss, Althusser y Lacan–, pondría fin a la presencia del sujeto como punto de partida del pensamiento; no obstante, para Dufrenne, “el individuo, repitémoslo, es irreductible” (Dufrenne, 1977, 53).

Los efectos de esta contienda de Dufrenne con el estructuralismo quizás hayan sido el motivo principal de que su obra no haya perdurado en el tiempo ni haya sido objeto de estudios exhaustivos. A diferencia de P. Ricoeur, quien también desarrolló una perspectiva crítica, aunque incorporando herramientas estructuralistas en su proyecto hermenéutico, Dufrenne permanece todavía en el olvido.

En este artículo me propongo esclarecer un aspecto lateral de la fenomenología de Dufrenne: su relación con el psicoanálisis. En diversos trabajos Dufrenne se ocupó de mencionar el creciente ascenso de la teoría psicoanalítica en el mundo intelectual francés. Y es en su libro *Subversion, perversion* (1977) donde puede encontrarse el impacto más elaborado de la interlocución con el psicoanálisis. En dicha obra Dufrenne plantea que el psicoanálisis puede ser una herramienta prolífica para concebir cierta inclinación del pensamiento de su tiempo que, orientado primero hacia la crítica de los sistemas e ideologías imperantes, terminaría en una práctica perversa de la transgresión injustificada.

En la primera parte de esta exposición consideraré la noción de perversión propuesta por Dufrenne, de acuerdo con la teoría psicoanalítica. En el segundo apartado realizaré una reconstrucción de la teoría de la perversión en la obra de Lacan, de modo que pueda ser claro el contexto amplio en que la concepción dufrenniana de perversión se inscribe. Por último, estableceré una comparación entre las posiciones de Dufrenne y Lacan, con el propósito de apreciar algunas convergencias y divergencias. Para concluir, me centraré en la idea compartida por ambos autores de que la filosofía y la práctica analítica son disciplinas subversivas.

## La perversión en la fenomenología de M. Dufrenne

En términos generales, la noción de perversión puede ser entendida de dos modos distintos: por un lado, como una desviación respecto de un término medio; por otro lado, como un desvío respecto de una norma. Ambas acepciones convergen en la idea de que la norma es un justo medio; no obstante, esta descripción somera no permite aprehender el carácter axiológico que cubre a la noción de perversión –su relación con la maldad–. Para esto último, es preciso pasar de la perversión a los actos perversos, esto es, a la perversidad, que permite apreciar que la perversión se define entonces como transgresión. A propósito de esta última consideración, Dufrenne sostiene que este pasaje del desvío al acto trasgresor es el carácter propio de la noción freudiana de perversión (Cf. Dufrenne, 1977, 69).

La relación entre perversión y maldad es un vínculo indisoluble para Dufrenne. Y la transgresión que los perversos actualizan consiste en “hacer gratuitamente daño al otro” (Dufrenne, 1977, 76). De este modo, la perversión por excelencia sería el sadismo. Sin embargo, es importante notar que las descripciones psicoanalíticas –al vincular la etiología de la perversión con una fijación en el complejo de Edipo– parecerían no estar a la altura del fenómeno que buscan aprehender:

“Ampliamente Freud ha podido hablar de sadismo y masoquismo [pero] elude la crueldad, y también el dolor; y los neo-freudianos hablan con mayor gusto de falta que de sufrimiento...” (Dufrenne, 1977, 79)

Esta última indicación de la cita consignada –referida a los neo-freudianos– remite implícitamente a Lacan, a cuya obra nos dedicaremos en el apartado próximo. Dufrenne destaca que el sadismo y el masoquismo, en la teoría psicoanalítica, han sido considerados como formas del deseo, articuladas con la erotización fantasmática del sujeto, y, por lo tanto, con independencia del padecimiento y la violencia o la agresión. Las escenificaciones que describe el psicoanálisis son “juegos”, mientras que “la perversión no es lúdica” (Dufrenne, 1977, 79).

Asimismo, en el psicoanálisis la perversión sería el resultado de una identificación al falo materno, por lo cual “perversos son aquellos que han sido pervertidos por la madre” (Dufrenne, 1977, 88). El mecanismo perverso por excelencia, que afirma la existencia de ese falo que rechaza la diferencia entre los sexos, sería la desmentida (*Verleugnung*) que, en



última instancia, es un rechazo de la realidad. “La perversión es una fijación sobre la denegación, que es también una transgresión de la Ley” (Dufrenne, 1977, 89). De este modo, la transgresión –tal como la entiende el psicoanálisis– no es más que un desafío de lo instituido en función de una posición regresiva, que rechaza el conocimiento advertido de la castración. Este es el caso, por ejemplo, del fetichista, quien acicatea su erotismo por recurso a un objeto fijo en el que condensa su satisfacción sexual.

En función de las dos consideraciones anteriores, Dufrenne sostiene que el psicoanálisis puede comprender mejor el fetichismo, aunque perversiones más radicales como el sadismo le son ajenas, ya que “los escenarios perversos [sugeridos por el psicoanálisis] no son quizás inocentes, sino inofensivos” (Dufrenne, 1977, 95).

En términos generales, podría concluirse este apartado afirmando que Dufrenne critica al psicoanálisis de un modo severo, al ubicar cierto afán de reducción en su teoría. En última instancia, “las perversiones a las que se refiere el psicoanálisis aparecen más bien como caprichos o fantasías” (Dufrenne, 1977, 95). No obstante, cabe interrogar si esta visión estrecha de la perversión es unívoca en la teoría psicoanalítica. En el próximo apartado, desarrollaré que la concepción lacaniana de la perversión tuvo como punto de partida un modelo similar al criticado por Dufrenne (cuyo eje es la fijación al falo materno y, como caso paradigmático, el fetichismo). Sin embargo, en un segundo momento de la obra de Lacan, la teoría cambió de rumbo, y consideró específicamente el caso del sadismo. En el tercer apartado intentaré ubicar un motivo posible del desencuentro intelectual entre estos dos autores, habida cuenta de que las referencias de Dufrenne a Lacan suelen ser implícitas y, eventualmente, irónicas.

### **La perversión en el psicoanálisis de J. Lacan**

A la altura del *Seminario IV* (1956-57), Lacan ubica la perversión en relación al falo (como una forma de identificación con éste); y, de acuerdo con lo postulado por Dufrenne, el paradigma es el fetichismo –en la medida en que el sujeto fetichista se identifica con el falo como objeto imaginario que completa el deseo materno, i.e, es el falo para la madre. En el *Seminario V* (1958-59) Lacan afirma que ser el falo como objeto imaginario del deseo materno es la primera fase por la que el sujeto debe atravesar el complejo del Edipo:



“ser o no ser, *to be or not to be* el falo, se trata en el plano imaginario, de que el sujeto sea o no, el falo para la madre” (Lacan, 1957-58, 124).

De este modo, en este primer contexto, la elaboración lacaniana no propone específicamente una concepción de la estructura perversa, sino de la perversión *en* la neurosis. El hilo conductor del análisis de Lacan son las perversiones transitorias en el neurótico y no la especificidad clínica de una estructura distinta.

Esta especificidad es construida posteriormente en el desarrollo de la obra de Lacan, concretamente después de la introducción de la teoría del objeto *a*. El texto que inaugura dichas elaboraciones es “Kant con Sade” (1963). Reformulando el imperativo categórico kantiano –que indica obrar de manera tal que las acciones puedan elevarse a un bien universal–, Lacan consigna una ética sadiana en un imperativo de perversión con la noción de voluntad de goce –que prescribe gozar sin prohibición–. Lacan invierte el imperativo moral de Kant y lo homologa a la voluntad de goce de Sade. La perversión, entonces, es una forma particular de relación con el otro –tanto el otro, semejante, como el Otro– que implica, especialmente, un manejo de la angustia –la habilidad para encontrar en el otro los puntos que despiertan su angustia–, y una posición respecto del goce que se caracteriza por el deseo y la voluntad de hacer gozar al otro (Otro), más allá del límite de sus deseos reconocidos, traspasando la inhibición de las represiones inconscientes. En este segundo contexto, que inicia con el *Seminario X* y encuentra su punto de llegada en el *Seminario XVI*, Lacan propone que el perverso es “un hombre de fe” (Lacan, 1968-69, 124), dado que cree fervientemente en el goce del Otro y se dedica con ahínco a producirlo. De este modo, la última versión lacaniana de la perversión, ubicada entre el escrito “Kant con Sade” y el *Seminario XVI* (1969) propone al sujeto perverso como “cruzado”, consagrado a devolverle al Otro su goce perdido. El perverso *sabe* acerca de la castración y demuestra ese saber.

A partir de este sumario recorrido por el desarrollo de la noción de perversión en la obra de Lacan, cabe destacar que: a) la crítica de Dufrenne es contemplada por Lacan, ya que se atiende solo a la perversión de la neurosis, y refleja un recorrido en la complejidad del concepto demostrado por la obra del psicoanalista; b) Dufrenne y Lacan coinciden en afirmar las restricciones que presentan las interpretaciones edípicas de la neurosis (y la perversión). Como un modo de ir más allá del Edipo –entendido como

sistema normativizante—, tanto Lacan como Dufrenne proponen sus nociones de subversión.

## Subversión

Para Dufrenne, “el psicoanálisis ofrece una teoría de la perversión sin perversidad” (Dufrenne, 1977, 100). Como fuera entrevistado en el apartado anterior, en su concepción, esto se debe a la idea de suponer que la perversión es el resultado de una fijación infantil en el complejo de Edipo. De este modo, el perverso queda reducido a una especie de niño en el adulto, que escenifica una fantasía; y queda cancelada la posibilidad de considerar la perversión a partir de la maldad y el acto concreto de hacer daño al próximo. “Esta dimensión social de la perversión es la que el psicoanálisis invita a dejar de lado” (Dufrenne, 1977, 1903).

Por otro lado, “al bloquear el deseo en el triángulo edípico, no le da todas sus oportunidades de investir del mundo” (Dufrenne, 1977, 96). Para realizar este último proyecto, Dufrenne propone que sería necesaria una teoría de la percepción como apertura, que permita a lo deseable la ampliación a las dimensiones mundanas. Esta “potencia de deseo se anuncia en la subversión” (Dufrenne, 1977, 96).

No obstante, en el apartado anterior se ha visto cómo la concepción lacaniana de la perversión escapaba al reproche de Dufrenne. Asimismo, es interesante advertir que Lacan también concebía su proyecto como una forma de subversión. En este apartado, entonces, me detendré en un análisis de ambas versiones de la subversión.

Desde la perspectiva de Dufrenne, el principal problema de la concepción freudiana de la percepción es haber quedado hipotecada en la noción de representación. Para el fenomenólogo, la percepción nos pone en contacto con la presencia misma de las cosas. Si el perverso es aquel que desmiente la realidad en pos de su fantasía (al igual que el neurótico), el sujeto de la percepción se encuentra orientado hacia lo real. La percepción, entendida como “ser salvaje” (Dufrenne, 1977, 64), puede instituir nuevas formas de vida en las fracturas de los sistemas de dominación:

“Para el oprimido, lo real se anuncia: el malestar [...]. Este malestar [...] es real; es lo que debe inspirar la definición de lo real. [...] Pero lo que conviene llamar real no es lo que es determinado, sino lo que es sufrido...” (Dufrenne, 1977, 58-59)



En esta referencia es notable un reproche implícito al estructuralismo y, en particular, al psicoanálisis de Lacan: por un lado, Dufrenne critica la idea de un sujeto determinado, al destacar con énfasis la participación de un sujeto padeciente; por otro lado, en su definición de lo real, cuestiona la noción lacaniana de lo real como “lo imposible” (Dufrenne, 1977, 24). De este modo, Dufrenne afirma que “cuando los análisis sustituyen al sistema vivido un sistema sistemáticamente concebido por un pensamiento inevitablemente reductivo [...] escamotean lo real” (Dufrenne, 1977, 57).

No obstante, es importante advertir que la noción de real de Dufrenne refiere a una realidad antepredicativa, mientras que para Lacan lo real tiene otra connotación. Cuando Lacan sostiene que lo real es imposible, cabe agregar, por ejemplo, que en su definición del síntoma añade que es “imposible de soportar”. Por lo tanto, Lacan también afirma un sujeto padeciente en el comienzo del psicoanálisis. En este punto, pareciera ser un malentendido el que surge en la lectura que Dufrenne realiza de ciertas categorías lacanianas. Lo mismo podría decirse respecto de la noción de goce (*jouissance*); ya que Dufrenne cuestiona la idea de que el sujeto pueda “gozar” en el malestar –como propondría Lacan–. Sin embargo, en la teoría lacaniana, el goce no es un placer ego-sintónico, sino, muy por el contrario, el nombre mismo del padecimiento subjetivo. Por eso, pareciera tratarse, nuevamente en este caso, de un malentendido terminológico con un importante alcance conceptual.

Si para Dufrenne la subversión está orientada a la capacidad instituyente de la perversión, para Lacan la subversión radica en la maniobra analítica misma. Tal como el nombre de un escrito lo señala –“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”–, la intervención analítica, a través de la apertura del inconsciente, tiene como propósito liberar el deseo de su anclaje fantasmático, con el propósito de subvertir la representación que el sujeto tiene de sí mismo. En este sentido, cabría destacarse que es una convergencia apreciable la que se advierte con el pensamiento de Dufrenne, ya que para ambos autores el deseo debe ser desencadenado de su amarra edípica. Sin embargo, para Dufrenne la experiencia en que esta liberación acontece es antepredicativa, mientras que para Lacan la subversión tiene como fundamento la materialidad de la palabra analítica.

En segundo lugar, otro punto de convergencia se advierte en que tanto Dufrenne como Lacan consideran el deseo en su dimensión social. Desde



sus primeros trabajos –especialmente en “La familia” (1938)–, Lacan no dejó de reconocer que el deseo se instituye en relaciones sociales, y ya en su tesis de doctorado de 1932, acerca de la noción de personalidad, en la cual había intentado una suerte de fundamentación fenomenológica del concepto, Lacan subraya las relaciones interpersonales como una dimensión capital de las vivencias subjetivas, que no pueden ser aisladas de su contexto de formación. En este punto, cabría advertir que el reproche de Dufrenne al psicoanálisis, respecto de su carácter “familiarista”, no tiene asidero (al menos, desde el punto de vista de la teoría de Lacan).

No obstante, sí hay un punto en que ambos autores no pueden ser reconciliados: mientras que Lacan desdibuja las relaciones entre lo personal y lo social, Dufrenne es un enfático defensor del “individuo”. Por lo tanto, mientras que el psicoanálisis apunta a un sujeto “dividido”, la fenomenología de Dufrenne apuesta a un sujeto “indiviso”.

Para concluir, por lo tanto, puede afirmarse que a pesar de sus divergencias iniciales, hay un aspecto convergente entre Lacan y Dufrenne: para ambos sus disciplinas deben ser concebidas de acuerdo con una práctica subversiva, en cuyo fundamento se encuentra el malestar y el padecimiento; no obstante, su principal divergencia está en el modo de concebir esta subversión: para Dufrenne se trata de una recuperación de la fenomenología de la percepción, y su estrato antepredicativo, para un sujeto irreductible; en cambio, para Lacan, se trataría de la recuperación de la vivencia del lenguaje, a través de la división del sujeto.